

maghenta
EDITORIAL

Tras el sol de
Cartagena

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

1.ª Edición.

© Ana Ballabriga y David Zaplana, 2007.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301
www.maghenta.com

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús.

Depósito Legal: Z-041/07.
I.S.B.N.: 84-935490-4-5.

Impreso en Zaragoza, España.
Talleres Editoriales Cometa.

Tras el sol de Cartagena

ANA BALLABRIGA

DAVID ZAPLANA

maghenta
EDITORIAL

*A Javi Galindo y a sus padres, Víctor y Antonia,
para que no se cansen de luchar.*

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar nos gustaría dar las gracias a toda la gente que nos ha ayudado a recopilar información para escribir este libro:

A los guías de la empresa Cartagena Puerto de Culturas, como Pepe Martínez y Rosa Ferrer, que muy amablemente nos han atendido y nos han ayudado a mejorar nuestros conocimientos sobre Mastia, Qart-Hadash y la ermita de San José.

Así mismo:

A los guías del Ayuntamiento de Cartagena, por sus explicaciones sobre el Anfiteatro.

A la gente del Museo Arqueológico Municipal, por atendernos tan amablemente y explicarnos lo que hemos necesitado sobre Mastia, los Cartagineses y los Romanos.

A la gente de la Biblioteca y del Archivo Municipal.

A la delegación del diario «La Verdad», de Cartagena.

A D. Jorge Juan Colomer, socio del Casino de Cartagena, D. Juan Mediano Durán y D. Ángel Roy por la información aportada sobre la Guerra Civil y el Molinete.

A Fotos Rym, por la información sobre fotografía antes de la Guerra Civil.

Al archivero D. Vicente Montojo, por su información sobre la ermita de San José.

Todos ellos viven, trabajan o se interesan por la historia de Cartagena.

Todos ellos nos han ayudado. A todos ellos muchas gracias.

También queremos agradecer a todos los pacientes lectores que han hecho el ánimo de revisar el libro y ayudarnos a mejorarlo:

Nuestros padres: Serafín Zaplana y Héctor Ballabriga.

Y nuestros amigos: Achim, Antonia y Marga.

NOTA DE LOS AUTORES

Este libro es una novela, por lo tanto, aunque hemos utilizado localizaciones y comercios reales de la ciudad de Cartagena, todos los personajes, incluidos los dueños de establecimientos públicos y su forma de actuar, son producto de la imaginación de los autores.

Sus pasos eran acelerados y sus manos se estrujaban nerviosas bajo la capa negra que lo protegía del frío. Hacía ya casi seis horas que el sol había cedido su trono al astro musulmán, que avanzaba navegando sobre un mar azabache. La calle se estrechaba a su paso, como un corredor al Infierno, bajo los balcones azules que refugiaban ojos furtivos, ávidos de cotilleos y reyertas. Se cruzó con algunos marineros que cantaban y alborotaban tambaleándose. Salvador intentaba evitarlos, pues sabía que con su metro sesenta no podría salir muy bien parado si se producía una trifulca. «Un amor en cada puerto... aunque sea pagando», pensó. Al fin y al cabo las prostitutas de Cartagena eran conocidas incluso fuera de las fronteras del país.

Ganó la calle Falsacapa hasta la calle de la Aurora y se detuvo un momento ante el Café La Puñalá. Dudó. Quería calmar los nervios con un trago, pero ni el nombre ni el aspecto de su fachada le daban confianza, aunque había oído que no era de los antros más peligrosos de la zona. Mientras se decidía vio al sereno que se acercaba.

—¿Está buscando algo?

El sereno era Domingo el Muelas. Lo conocía de oídas: un hombre rudo que desde hacía años era amante de la Cañí, una de las principales competidoras de Caridad *la Negra*. La gente del barrio lo apreciaba mucho debido a su habilidad para detener disputas. Según contaban, manejaba el chuzo con una maestría pasmosa y su truco consistía en pegar un certero golpe en la espinilla a cada uno de los alborotadores, dejándolos fuera de combate.

—Sí—Salvador mostró una pitillera con varios cigarros liados y tras ponerse uno en la boca alargó la mano hacia el Muelas—. ¿Gusta?

Domingo cogió uno agradeciéndoselo con un gesto de cabeza y sacó una caja de cerillas.

—¿Dónde está El Gato Negro?—Preguntó Salvador, mientras el Muelas le acercaba la cerilla. Había oído hablar de ese sitio y pensó que sería mejor elección que La Puñalá.

—Usted no viene mucho por aquí, ¿verdad?

—No, es la primera vez.

—Eso está bien. Está unos metros más *palante*—el Muelas escupió una bocanada de humo que resplandeció bajo la luz del candil y apagó la cerilla que ya se acercaba peligrosamente a sus dedos—. Está justo ahí, en la Cuesta del Maestro Francés.

Salvador había oído nombrar esa calle, llamada así porque hacía años un tal Nicolás Fuscal puso una escuela para enseñar su idioma natal. Fijó la vista unos instantes: El Gato Negro.

—Vaya, gracias. La noche refresca y apetece un trago para caldear.

—Eso está bien.

—Sí —confirmó Salvador—. Parece que hay jaleo esta noche, por aquí será lo habitual.

—Pues no —el Muelas resopló un torrente de humo amarillento y de inmediato volvió a succionar el cigarro. Salvador nunca había visto a nadie fumar de esa forma—. Eso quisieran las furcias. Ayer llegó un barco mercante. Por lo visto viene de Inglaterra.

—Ya. Y los marineros siempre arman jaleo, ¿no?

—Pues depende. A veces hay que tener más recelo de los hombres que parecen de bien.

El Muelas ya estaba terminando su cigarro y Salvador pensó que era un buen momento para continuar su camino, el hombre le ponía un poco nervioso.

—Bueno, amigo, gracias por la ayuda y a pasar buena noche.

—De nada, hombre.

Cuando Salvador entró en El Gato Negro se sentó en una mesa y pidió una copa de coñac, pero el camarero le sirvió un brandy y en vaso. Frunció el ceño y pensó en protestar, pero decidió que era mejor no buscar líos. Saboreó el alcohol de la bebida y tuvo que escupir tras el primer trago. Se relajó observando a dos chicas bailar en el pequeño escenario y a los hombres gritar y silbar excitados. El segundo trago le sentó mejor y comenzó a experimentar un hormigueo placentero en los brazos y las piernas. No podía creer que realmente estuviera tan cerca. ¿De verdad podría conseguirlo? Y lo que era aún más importante, ¿serviría para algo? Le quedaban algunas cosas por averiguar, pero tenía un buen presentimiento.

Observó el ambiente con detenimiento. Despreciaba a toda aquella gentuza. Aunque, por otra parte, le gustaba mirarlos y pensar que él estaba muy por encima de ellos, que era miles de veces mejor que cualquiera de los que se encontraban en aquel bar. Salvador era maestro en las Escuelas Graduadas. Hasta principios del siglo XX la educación se había consumido en unas condiciones pésimas, dando lugar a un enorme índice de analfabetismo. Los maestros, que vivían de la caridad de la gente, se veían obligados a dar clase en sus propias casas careciendo por completo de condiciones pedagógicas o higiénicas. Niños de todas las edades se hacinaban en una misma estancia oscura y maloliente. Fue a finales del XIX cuando en Cartagena se creó un movimiento de lucha por la mejora de la educación, viajando a otros países para captar ideas. Así se fundaron en Cartagena las primeras Escuelas Graduadas de España. Era un edificio público donde los maestros desempeñaban su trabajo, con un sueldo pagado por el Ayuntamiento. Además, se creó una estructura educativa, agrupando por primera vez a los alumnos por edades y conocimientos, permitiendo así una educación más eficiente.

Fue un tremendo avance y ahora Salvador se beneficiaba de él y disfrutaba de una posición de poder y respeto que le había permitido comenzar a hacer sus pinitos en política. Si todo iba bien pronto sería alcalde de la ciudad y el asunto que traía ahora entre manos, sin duda, lo ayudaría considerablemente a conseguir ese objetivo.

Apuró la bebida y salió del bar alcanzando enseguida la calle del Adarve. Allí se situaba una de las entradas a la casa de Caridad *la Negra*, según le habían informado; la otra era por la calle San Vicente. Cuando llamó a la puerta fue la misma Caridad quien le abrió. Observó la cara risueña y agradable de aquella mujer de cincuenta y seis años, que aún se mantenía atractiva y enérgica. Había sido una de las prostitutas más famosas del barrio, tanto por sus artes amatorias como por ejercer de musa del pintor Wssel de Guimbarda.

—Adelante, buen amigo —lo invitó sonriendo.

Entró en una sala ricamente decorada: luces de colores, telas alegres y espejos. Se trataba de un decorado carnavalesco preparado para el arte de la seducción más barata.

—¿Quiere tomar una copa mientras conoce a nuestras chicas?

—No, gracias —Salvador introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta.

Verá, ya sé a qué chica quiero.

Le mostró una foto. Caridad le regaló una sonrisa pícaro.

—Le gustan las niñas inocentes, ¿eh?

Salvador no contestó, se limitó a buscar a la muchacha por la estancia. Caridad se adentró por la puerta de la derecha y gritó suavemente:

—Lali, cariño, baja un momento. Un amigo ha venido a verte.

Salvador esperó junto a la barra, observando a los hombres beber, acompañados de chicas que los abrazaban y toqueteaban sin dejar de reír. Se fijó en un marinero no muy alto, con el uniforme manchado de vino y la cara roja como un tomate. Se apoyaba en una chica de unos veinticinco años, muy delgada, que casi le sacaba la cabeza de altura. Le había desabrochado el corsé y hundía su nariz, encendida de brasa, entre sus escasos senos de pezones afilados. Notó un escalofrío al presenciar la escena.

Hacía ya tiempo que las cosas no iban bien con su mujer: la imposibilidad de tener hijos había creado una profunda brecha entre ellos. Últimamente casi no hablaban y cada uno se dedicaba a sus cosas sin inmiscuirse mucho en la vida del otro. Salvador se alegraba, pues así disponía de más tiempo para ocuparse en sus actividades políticas y sus aficiones. Estaba especialmente orgulloso de su magnífica colección de libros antiguos y desde hacía un par de años había comenzado una de postales eróticas. Pero todo cambió cuando consiguió aquella foto. La misma que llevaba ahora en el bolsillo de la chaqueta y que le había enseñado a la dueña del lupanar. Le encantaba la cara regordeta e inocente de aquella chica de aspecto infantil. Se había quedado prendado de sus trenzas y se había excitado fantaseando con la idea de que era una de sus alumnas del colegio. Sin embargo, al examinar la foto con más detenimiento reparó en una cosa que le llamó mucho la atención. Y había sido esa cosa exactamente la que lo había llevado al burdel. No el sexo, ni la atracción que la chica le pudiera causar. Tan sólo aquel pequeño detalle de la foto.

La muchacha se acercó a él sonriente. Cuando llegó a su lado lo besó en la mejilla y se presentó:

—Hola, guapo, soy Lali. ¿Cómo estás?

—Hola, soy Isidro Martín –mintió Salvador—. Eres preciosa, Lali.

—Gracias.

Salvador meditó unos instantes antes de continuar la conversación:

—No sé si lo recuerdas. Mantuvimos correspondencia sobre un asunto que me interesaba –las palmas de la mano comenzaron a sudarle y se las frotó contra el pantalón de pana.

—Ah, sí, Isidro –pareció un poco confusa—. Al principio no había caído, te imaginaba... diferente –detectó un atisbo de decepción en el tono de la chica y sintió rabia—. ¿Quieres subir a mi habitación para hablar con más tranquilidad?

Se fijó en que los ojos verdes de ella tenían un brillo muy especial. Era un resplandor acuoso que simulaba la superficie del mar y dejaba entrever pequeñas pinceladas de muchos secretos. Sí, Salvador estaba seguro de que tras aquellos magníficos ojos se guardaban muchos secretos, pero también sabía que él nunca podría conocer la mayoría de ellos. De todas formas, tan sólo le interesaba uno.

Lali lo cogió de la mano y lo arrastró hacia la planta superior.

—Eh, guapa –gritó Caridad desde abajo–, no te entretengas mucho que esta noche viene el Julián y a ese quiero tenerlo contento.

Lali suspiró profundamente pero no contestó. Llegaron a una habitación pequeña. Un espejo de pie se encontraba junto a la entrada, con un taburete. La cama, que se situaba en la pared izquierda, no era más que un catre y estaba deshecha. Salvador se preguntó si la chica ya habría trabajado esa noche, pero realmente no le importó. Sobre la mesilla de noche observó la cartilla del dispensario oficial antivenéreo que rezaba en grandes letras la palabra «SANA».

—Entonces, ¿lo tienes? –acometió Salvador, impaciente.

—Sí, claro. Pero no tengas tanta prisa.

Lali le acarició la entrepierna y notó cómo algo empezaba a crecer dentro de aquellos pantalones. Salvador la intentó besar, pero ella sólo le ofreció la mejilla. Esto a él le molestó bastante, era la misma actitud que mostraba su mujer. Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesilla de noche. Se acercó a ella y la empujó sobre la cama. Salvador se quitó los pantalones y la muchacha observó complacida sus calzoncillos abultados. Después le desabrochó el corsé y le quitó las bragas de un tirón. Lali alargó las manos y le bajó los calzoncillos, dejando a la vista su miembro, pequeño pero duro como una porra de la guardia de seguridad.

Salvador no se lo pensó más ni le dio tiempo a Lali para que se lo pensara. La penetró sin preámbulos, tal y como había estado acostumbrado a hacer con su mujer, y comenzó a entrar y salir, entrar y salir muy rápidamente. No tardó ni un minuto en terminar.

Lali sonrió cuando escuchó el fuerte gemido y notó cómo se derrumbaba sobre ella, quedándose quieto.

—¿Ya está? —le preguntó, intentando contener una risita juguetona.

—Sí, ¿de qué te ríes? —su semblante se tornó serio mientras se levantaba.

—De nada, hombre —repuso Lali.

Pero Salvador sabía que no lo decía en serio. Se estaba riendo de él. Lali observó su rostro severo e intentó relajar la situación.

—No te preocupes, cariño. Ha estado bien.

—Bueno, ¿dónde lo tienes? —comenzó a vestirse con la cara rasgada de ira y se aplicó las gafas de nuevo. Observó su figura en el espejo de pie y sacando un peine del bolsillo de su chaqueta arregló su pelo negro, con raya en el lado derecho, que desembocaba en una gran entrada. Al coger el peine se le cayó la postal de Lali que le había llevado hasta allí. Estaba tan enfadado que ni siquiera se agachó a recogerla.

—Lo tengo aquí, pero he cambiado de opinión con respecto al precio.

—¿Qué quieres decir?

—Mil pesetas es muy poco. Le tengo mucho cariño, ¿sabes? Lleva en mi familia demasiado tiempo y no me puedo deshacer de él por tan poco dinero —Lali había observado el ansia de Salvador por culminar la venta y se había dado cuenta de que podía pedir más. Ese dinero le vendría muy bien para llevar a cabo sus planes muy pronto. Quería montar su propio burdel. Ese era su gran sueño y ahora había visto una buena oportunidad para conseguir el dinero necesario.

—Pero es lo que acordamos por carta —la cara de Salvador empezaba a encenderse de ira. Sus palabras habían sonado amenazantes—. Tú aceptaste ese precio, ahora no puedes cambiar de opinión.

—Lo siento, Isidro, pero sí que puedo —se reafirmó Lali—. Si lo quieres son dos mil pesetas.

—Sólo he traído mil —Salvador avanzó con los puños cerrados.

—Bien —continuó ella mientras se arreglaba las horquillas del pelo frente al espejo—. Dame esos mil ahora y vuelve con otros mil en cuanto puedas. Entonces te lo daré. Por cierto, lo de esta noche corre por mi cuenta.

Salvador, que se encontraba a su espalda en ese momento, la cogió por las trenzas y tiró con fuerza. Ella gritó por el susto y el dolor, a la vez que él le estampaba un fuerte puñetazo en la boca para hacerla callar. Lali se desplomó conmocionada, con el labio partido, manchando de sangre la alfombra y su propia foto que la miraba desde el suelo, inocente y provocadora. Permaneció unos instantes sin moverse, con la vista fija en la foto, aquélla que se había hecho unos meses atrás y de la que tan orgullosa se había sentido. La realidad volvió a envolverla y el miedo recorrió su cuerpo cuando de nuevo tronó la voz quebrada de su agresor.

—¿Dónde está? —inquirió.

Lali se encontraba aturdida y no podía pensar con claridad. «Está fuera de sí», pensó. «Y es capaz de matarme». Se arrastró por el suelo hacia la cama, limpiándose con las manos la sangre de la boca.

—¿Dónde está? —volvió a graznar Salvador y al ver que no reaccionaba le propinó una patada en las caderas.

Ella se estremeció de dolor y arrastrándose de nuevo sacó un pequeño cofre de debajo de la cama. Lo abrió con manos temblorosas, aterrada por la posibilidad de recibir otro golpe. Salvador la observó satisfecho, sin perder el ceño fruncido y los puños apretados. Lali extrajo del cofre algo envuelto en un pañuelo de seda y alargó la mano hacia él que lo cogió, ahora sonriendo. Retiró el pañuelo lentamente, con cuidado y cuando por fin vio lo que había dentro sonrió aún más, mostrando sus dientes sucios y picados.

—Gracias —exclamó mientras hundía la mano en el bolsillo del pantalón y sacaba un fajo de billetes—. Ahí tienes las mil pesetas que acordamos. Espero que después de esto hayas aprendido a respetar un trato.

Lanzó el dinero sobre las piernas desnudas de la muchacha y se giró para marcharse. Él era un caballero y pagaba, eso quería que quedase claro. En el momento en que cogía el pomo de la puerta, Lali agarró el orinal de hierro que tenía bajo la cama, se levantó enfurecida hacia Salvador e intentó golpearle en la cabeza. No estaba dispuesta a que se repitiera la historia de nuevo, esta vez ella iba a controlar la situación. Ya bastaba de humillaciones. A pesar de su esfuerzo, él fue más rápido y le propinó una fuerte patada en el vientre antes de que pudiera alcanzarlo. Ella soltó el orinal y se desplomó en el suelo de rodillas. La cara de él había vuelto a ponerse seria, con los ojos muy abiertos, como si quisieran saltar fuera de las cuencas. Se agachó y recogió el orinal mientras ella sollozaba de rodillas balanceándose adelante y atrás.

—Me podías haber hecho mucho daño. Lo sabes, ¿verdad?

Ella levantó la cabeza y lo miró con la cara llena de lágrimas, pero desafiante. Salvador no pudo soportarlo más. Ninguna zorra de mala muerte podía provocarlo de aquella manera. Se había reído de él, lo había intentado engañar en el trato que habían hecho y después incluso había intentado matarlo. Sin lugar a dudas, carecía por completo de educación y merecía ser castigada. Clavó la vista en los ojos verdes de la muchacha, ahora enrojecidos por las lágrimas. Pensó de nuevo en todos los secretos que se escondían tras ellos y entonces se dio cuenta de que nadie jamás los conocería.

Levantó el orinal con su brazo derecho, furioso, mientras ella lo miraba sollozando, pero desafiante. Lali sabía lo que le iba a pasar. Ahora se arrepentía de haber intentado deshacerse de algo tan valioso para ella y su familia. En parte lo había hecho por el dinero, pero sobre todo había sido como una pequeña venganza contra su padre. Sintió una fuerte punzada de dolor en el pecho al preguntarse qué le contarían sobre ella a su pequeño Bartolomé. Ahora ya era tarde. Elevó los hermosos ojos verdes hacia aquel hombre. Salvador la admiró por un momento, pero no sintió ninguna lástima. Sabía que se lo merecía y cada uno debe tener lo que se merece.

Mientras descargaba el orinal sobre la cabeza de la muchacha, tan sólo pensó que Lali acabaría el día con la lección bien aprendida.

1

Pipipipí, pipipipí. Irene apagó el despertador de un manotazo y maldijo en voz baja. «¡Joder, qué pronto se hacen las ocho!». Enseguida escuchó la radio del vecino, que también se levantaba a la misma hora: «¡Por fin es viernes!». Con dos rendijas en lugar de ojos, se dirigió al baño procurando no hacer demasiado ruido porque su madre y su hermana todavía disfrutaban del placer del sueño. Su padre, sin embargo, hacía ya dos horas que se había levantado.

Se duchó y se vistió. Calentó el café que su padre le había dejado preparado. Estaba muy cargado, como les gustaba a ambos. Era como tomarse una buena dosis de pólvora justo antes de fumarse un cigarro. Pegó un primer trago y notó la explosión que se produjo en su cerebro, permitiéndole al fin abrir los ojos por completo. Encendió la radio para oír el informativo. Hablaban de la insoportable ola de calor que afectaba a toda Europa. En Francia ya habían muerto más de mil personas. Los cambios climáticos eran cada vez más radicales e Irene pensaba que quizás algún día fueran la causa del fin del mundo. Aunque también pensaba que si esto llegara a suceder, ella no lo vería.

Fijó la vista en el fregadero. La noche anterior le tocaba a su hermana poner los platos en el lavavajillas pero allí estaban, apilados y sucios. «Joder, cómo se nota que es la pequeña», pensó mientras se frotaba la barbilla con rabia. Entonces vio una nota de su madre sobre la mesa:

«Esta tarde es la prueba del vestido. ¿No te habrás olvidado?»

Pues sí, a Irene se le había olvidado completamente y ya había hecho planes que tendría que cambiar. Se quedó mirándola unos instantes: las letras redondas y concienzudamente iguales. Recordó lo que había aprendido en el curso de grafología que había hecho hacía un par de años: la persona que había escrito aquella nota era muy perfeccionista. Le gustaba tener siempre las cosas en su sitio y cuando se proponía hacer algo, normalmente lo conseguía. Además la segunda frase («¿No te habrás olvidado?») indicaba una cierta soberbia, como queriendo decir: «Sólo yo hago las cosas bien y siempre tengo que estar en todo. Si no fuera por mí...». Se preguntó qué pasaría cuando se levantase y viese la pila de platos en el fregador. Sin lugar a dudas eso molestaría a una persona como la que había escrito aquella nota. Sin embargo, sabía que su madre se limitaría a enjuagarlos y meterlos en el lavavajillas mientras justificaba a la pequeña de la casa porque tenía muchas preocupaciones. Si en vez de a su hermana le hubiera tocado a Irene, quizás la cosa fuese distinta.

Cogió las llaves y el casco y bajó al garaje. Su madre insistía en que se comprara un coche, uno pequeño, que ellos le echarían una mano para poder pagarlo. Pero,

como en tantas otras cosas, no le hizo caso. Le gustaba su Derbi Atlantis, pequeña, con la que se podía ir a cualquier sitio de Cartagena sin problemas para aparcar. Y si quería ir a Murcia o a la playa, Miguel tenía coche.

A aquellas horas no había mucha actividad. Una mujer con su perro caminaba por el paseo central de La Alameda. Una ruidosa máquina de limpieza arrastraba sus rodillos por la calle, rascando el asfalto. La mayoría de los cartageneros estaban de vacaciones o se iban a las casas de la playa.

En Cartagena hay mucha gente que tiene una segunda vivienda en la playa, la mayor parte en La Manga o en alguno de los pueblos del Mar Menor a los que pueden llegar en un tiempo reducido, media hora como máximo. No son ricos, ni derrochadores, sino gente de clase media que aprovechó la oportunidad cuando las casas aún tenían un precio razonable. Así, cuando empieza el calor sofocante del verano, muchos habitantes de Cartagena desaparecen para disfrutar de la playa (sobre todo si tienen niños), sin tardar mucho tiempo en llegar al trabajo.

Otros años, los padres de Irene también habían alquilado una casa en La Manga, pero éste habían preferido ahorrar para la boda. Además, se habían reservado parte de las vacaciones que iban a utilizar para preparar la boda con más tranquilidad.

Comenzó a girar por la plaza de España. Más tiendas y restaurantes de comida rápida. Todavía no hacía el calor sofocante que bulliría a media mañana. Entró en el paseo de Alfonso XIII. Procuró pasar despacio por delante de los cines para poder ver la cartelera, quizá pudiera convencer a Miguel para ir a ver alguna película durante el fin de semana.

El barrio de Los Mateos permanecía dormido. Allí no se había instalado la vorágine propia de la ciudad, quizá porque no había dejado de ser un pueblo. Estaba situado a las afueras de Cartagena, en las faldas de una colina coronada por una edificación llamada *el Castillo de los Moros*. Las casas eran de planta baja, multicolores, con puertas rosas y fachadas verdes; muchas ataviadas con cortinas de tela o de plástico para evitar que entraran insectos. Algunas familias habían instalado el salón en la puerta de la calle, colocando sobre la acera el sofá y las sillas que utilizaban durante la tarde-noche, cuando el sol ya estaba de retirada. Había basura por todas partes. La gente se conocía entre sí y se mantenían informados de si alguien que no era del barrio había entrado en su terreno.

Aparcó la moto en el almacén de la Asociación La Senda. María, la directora, le había dado permiso para hacerlo. Admiraba a aquella mujer, daba todo por la Asociación. Irene había sido voluntaria en otras ONG que no eran más que una excusa para ganar mucho dinero. Parte de los presupuestos millonarios de las subvenciones se desviaban para que algunas personas se compraran coches de lujo y se hicieran casas en las zonas residenciales, en vez de emplearse para ayudar a quienes lo necesitaban.

Pasó por una puerta interior a las oficinas. Vio a Rosaura, la contable, que salía del despacho de la directora para dirigirse a su sitio. Las demás mesas estaban vacías porque eran el lugar de trabajo de los educadores y de la trabajadora social. Los

educadores se encargaban, fundamentalmente, de dirigir las actividades que organizaba la Asociación con los chavales. Pero tenían su mesa para realizar informes y preparar dichas tareas. La trabajadora social concertaba citas en los domicilios de las familias, aunque algunas veces, entraba en el despacho de María con algún padre o madre. Lino, el psicólogo, tenía despacho propio.

—Buenos días –saludó Irene al tiempo que depositaba el casco en una estantería.

—Buenos días, guapa –le contestó Rosaura–. Han echado del trabajo a Joaquín.

A Rosaura le encantaba ir al grano y dar malas noticias.

—Joder, con éste no sé qué vamos a hacer.

Joaquín era uno de los chicos que acudían a la Asociación. Su madre lo había depositado allí con la esperanza de que pudieran hacer de él *un hombre de provecho*, pero iba a ser bastante complicado. Con dieciséis años ya había estado interno por robo en un centro educativo de menores.

—Ayer por la tarde estuvo su madre llorándole a María –Irene observó cómo seguía tecleando en el ordenador, como si no diera importancia a sus palabras, mientras se subía, de vez en cuando, los parabrisas ovalados que descansaban sobre su nariz.

Pero, claro, ¿qué va a hacer María? Es su madre la que lo tiene que educar, no nosotras, que ya hacemos bastante, ¿verdad? –y volvió a empujar las gafas para afianzar sus palabras.

—Sí, sí, claro –le contestó mientras intentaba escabullirse para hablar con la directora.

Se dirigió a su despacho. María siempre tenía la puerta abierta excepto cuando hablaba con alguno de los chicos.

—Buenos días. Me acabo de enterar de que han echado a Joaquín.

Una cabeza canosa y menuda asomó entre la pila de papeles que había sobre la mesa.

—Rosaura, ¿no? –María no esperó a que Irene le contestara–. Sí, le han echado del segundo trabajo en lo que va de mes. Esta vez ha contestado de malas maneras a un cliente de la gasolinera. Parece que Joaquín no le dio el cambio bien, el hombre se quejó y el chaval ha empezado a insultarle y decirle barbaridades. Ya te lo puedes imaginar.

—No sé qué hacer con él. Es como darse contra una pared.

—Escucha, Irene –María apartó un montoncito de papeles y se acercó más a la mesa–, no podemos hacer más de lo que hacemos y no sirve de nada querer ir más allá de lo que los chicos te permiten. Con Joaquín nos hemos equivocado. No está preparado para tener un trabajo. Deja que Lino se encargue de él.

Lino, el psicólogo, era un tipo un tanto excéntrico y amanerado pero que conseguía que los chavales lo respetaran y hacía un gran trabajo con ellos.

—Vale, tienes razón, María, pero...

—Habla con Carmelo, el de la gasolinera. Es un buen hombre. Entérate de si se ha molestado por lo sucedido y asegúrate de dejar las puertas abiertas para otro chico. Y no te preocupes, estas cosas pasan.

—Sí, ya lo sé. No soy nueva en esto.

María sonrió mientras Irene salía del despacho cabizbaja y se dirigía a su mesa.

Una vez sentada, encendió el ordenador. Cogió todos los informes que tenía a medias y decidió empezar su trabajo terminando algunos. Siempre burocracia, la odiaba. Podía aprovechar el tiempo mucho más estando con los chicos pero tenía que rellenar un sinnúmero de impresos para enviarlos a las Consejerías y al Ayuntamiento, que eran los que, al fin y al cabo, le pagaban el sueldo. Después, si le daba tiempo, se entrevistaría con un par de chavales y hablaría con algunas empresas para convencerles de que contrataran a alguno. Y, en cuanto hubiera reunido fuerzas, llamaría a la gasolinera.

Al poco se acercó Lino a su mesa. Llevaba una camisa hawaiana con unos vaqueros color crema. Su pelo rizado se aplastaba contra su cráneo bajo los efectos de la goma.

—Hola, Irene, ¿qué tal va todo? Me he enterado de lo de Joaquín —el timbre de su voz era ligeramente agudo—. Pero no te preocupes por eso, ya sabíamos que había muchas posibilidades de que se cayera. Voy a hablar con él dentro de un rato y ya te contaré.

Se marchó a su despacho. Irene se quedó un rato pensativa. Se sentía responsable por lo que había ocurrido, pero volvió a pensar en las palabras de María. Se encontró un poco mejor a la vez que conseguía controlar sus pensamientos de culpabilidad.

Retomó el trabajo donde lo había dejado. A las diez llamó a Carmelo, el de la gasolinera. El hombre casi pidió perdón por haber despedido al chaval e Irene se tranquilizó. Se disculpó ella por el comportamiento de su pupilo y quedaron el lunes por la mañana para una nueva entrevista con otro muchacho. Aún no sabía a quién le ofrecería el puesto, esta vez tendría que seleccionarlo con más cuidado.

Al poco sonó su móvil. Rosaura no se privó de echarle una mirada de reproche desde detrás de sus enormes gafas. Irene, incómoda, contestó la llamada. Era Miguel.

—¿Sí?

—Irene, soy yo. Te llamo porque ayer te noté un poco rara y quería saber si ya estabas bien.

—Espera, que salgo fuera —e dirigió al almacén donde guardaba la moto, al tiempo que meditaba qué contestación debía darle, si ni ella misma sabía qué le pasaba—. Pues, sí, ya estoy un poco más tranquila. Ya sabes que mi madre y yo... —dejó la frase sin terminar.

—No sé, a lo mejor es por todo lo de la boda. Yo también estoy un poco nervioso. Mi madre, la pobre, se va a quedar sola...

—Está tu hermana —Irene se arrepintió al momento de decirlo. El tema de la madre de Miguel había sido motivo de muchas disputas—. Pero sí, es normal que te preocupes por ella, al fin y al cabo nunca has estado fuera de tu casa.

Irene intentaba apaciguar las cosas pero no hizo sino empeorarlas. Miguel había estudiado en Murcia y todos los días hacía cien kilómetros para ir y volver a su casa. Nunca se le había pasado por la cabeza la posibilidad de alquilar un piso y salir de las faldas de mamá.

—Un hijo no supe a otro —esta era una de las frases preferidas de la madre de Miguel—. Y deberías comprender que una mujer sola y mayor como ella debe estar acompañada en todo momento y más si tiene a sus hijos —su tono era seco.

—Perdona, Miguel, no debería haberte dicho eso.

—No pasa nada. Te tengo que dejar.

—Vale.

Miguel se le declaró una noche del mes de diciembre de hacía dos años, introduciendo el anillo de prometida en una copa de champán. Le recitó unos versos que había tomado de un libro llamado *Poesías para enamorar* y le dijo que era la mujer de su vida. Irene rió y se sintió protagonista de una película romántica. Le dijo sí cien veces, mientras pensaba que en cuanto se casaran podrían pasar juntos las noches enteras, que ya no tendría que aguantar a su madre, que podría invitar a su amiga Clara a su casa siempre que quisiera y dijo sí cien veces más.

Después vinieron los arduos preparativos. Hablar con curas de iglesia, con dueños de restaurante, fotógrafos, floristas... Hacía ya seis meses que había sido la cena de pedida. Se trataba de una tradición que ambas familias habían querido respetar. Durante esa ceremonia el novio pedía formalmente la mano de la novia. Por supuesto, estaba todo acordado de antemano y muchos de los preparativos ya en marcha. Pero en esta celebración ambas familias tenían la posibilidad de conocerse mejor. Aquella cena corría por cuenta de los padres de la novia, según mandaba la tradición. Fueron a cenar al restaurante Sacromonte, una cena de lujo. Paseó la mente por el paté con manzana que tanto había disfrutado y después el regalo que le hizo a Miguel: un Rólex auténtico.

Había tenido que ahorrar mucho para comprárselo, pero sabía que a él le hacía mucha ilusión.

La pantalla del ordenador se había quedado negra, así que movió el ratón y la página del procesador de textos apareció ante ella. Rosaura se levantó de su mesa y le explicó que salía al bar de enfrente a tomar un café con su marido.

Irene se sintió mejor. Hizo una llamada a su novio desde el móvil.

—¿Sí?

—Hola, cariño.

—Hola.

—Siento mucho lo de antes.

—No pasa nada —Irene sabía que sí pasaba, porque todavía estaba serio.

—He pensado que podríamos hacer algo esta noche.

—Bueno.

—¿Qué te apetece?

—Por mí, alquilamos dos películas y nos vamos al piso a verlas –contestó Miguel con un atisbo de ilusión.

Irene sabía perfectamente cuál era el plan: primero ir al videoclub y seleccionar dos películas, una a gusto de cada uno. Después comprar una pizza mediana, con la que te regalaban otra, que ya te habían cobrado tres veces con la primera. Por último, ir al piso y desplomarse en el sofá para sumergirse en una sesión intensiva de cine comercial. Habían repetido el ritual hasta la saciedad. Ésta era la gran noche para Miguel, e Irene nunca le había dicho que estaba un poco aburrida, que le apetecía salir con amigos o ir a cenar fuera, que le gustaría ver películas en el cine, que estaba cansada de las pizzas grasientas y recalentadas.

—De acuerdo.

—Entonces nos vemos a las nueve en el videoclub.

—Vale.

—Irene

—¿Qué?

—Te quiero.

—Yo también a ti.

Irene volvió a mover el ratón para devolver la vida a la pantalla del ordenador. Por suerte no estaba allí Rosaura para ver la lágrima que se deslizaba por su cara.

En los últimos años el puerto de Cartagena había cambiado muchísimo. Al final de los noventa se había convertido en una parte bastante degradada de la ciudad, dedicado exclusivamente al tráfico marítimo de día, para acoger a las prostitutas de noche. Sin embargo, recientemente y sobre todo, desde que la mayor parte de los militares abandonaron la ciudad, el Ayuntamiento había apostado fuertemente por potenciar el turismo. Una de las primeras fases de esta apuesta fue el puerto deportivo, en el que se acondicionó un agradable paseo que comenzaba frente al monumento de los Héroes de Cavite, y llegaba hasta lo que en un futuro sería el nuevo Museo de Arqueología Marítima seguido del Auditorio y Palacio de Congresos. Por supuesto, los turistas se podían detener y admirar la maravilla de ingeniería que en su día fue el submarino de Isaac Peral, pero el nuevo puerto tampoco defraudaría a las personas que no sintieran interés por la historia. Ultimamente se habían instalado numerosos bares de copas, restaurantes y heladerías a lo largo de todo el paseo, por lo que era muy agradable en las calurosas noches de verano estirar las piernas junto al mar y detenerse a cenar, a degustar un helado de postre o, sencillamente, salir con los amigos a tomar unas copas.

A pesar de este resurgimiento y de la nueva proliferación de bares, se mantenían unos cuantos restaurantes, los típicos de toda la vida. Entre estos se encontraba, en Santa Lucía, a unos pocos metros del puerto, Los Techos Bajos. Era un restaurante pequeño y barato, situado en la cuesta del Batel, donde la cerveza fresca, el pescado frito y los chipirones se consumían a toneladas.

Cuando Irene concertó una entrevista con el dueño de Los Techos Bajos, justo al principio de verano, habían llegado enseguida a un acuerdo. Y fue por aquel contrato por lo que ahora Luis, el pupilo preferido de Irene, se encontraba en el restaurante llevando platos y jarras de cerveza de un sitio para otro.

Eran las doce del mediodía y ya estaban todas las mesas ocupadas y varias parejas esperando. Luis corría de aquí para allá junto a cuatro camareros más, y entre todos no daban a basto.

—¡Eh, chico, otra jarra de cerveza!

—¡Maestro, una de michirones¹ y unas patatas con ajo! —y mientras apuraban la copa, continuaban—. ¡Y otra sangría, joder, que esta ya hace media hora que se ha acabado!

Luis hacía su trabajo de manera impecable. Tras la primera semana (en la que le costó bastante coger el ritmo de sus compañeros) se convirtió en el rey de los cama-

1. *Michirones: plato típico de Cartagena, a base de habas, jamón, chorizo y patata.*

ros, llevando cinco platos a la vez sobre un único brazo o cuatro jarras de cerveza con una sola mano. Su jefe estaba muy contento y varias veces le había dicho que si seguía así, el próximo mes le subiría el sueldo. Sin embargo, a Luis no le gustaba su trabajo y entre sus planes no entraba el de jubilarse allí. Había empezado a asistir a la Asociación tan sólo por mantener contenta a su madre, aunque era verdad que después le habían gustado las actividades que realizaban, sobre todo los talleres de manualidades. Cuando Irene le ofreció el trabajo de camarero había estado a punto de rechazarlo, pero se lo pensó mejor. Acababa de estar involucrado en el robo de una joyería y la policía les pisaba los talones, por lo que sabía que no le vendría mal desaparecer del mercado por un tiempo. Además, su madre se pondría muy contenta si le anunciaba que tenía un trabajo legal. Pero Luis tenía muy claro que nadie se hacía rico trabajando y él quería ser rico. Necesitaba dinero para retirar a su madre, comprarle una casa en la playa y poder verla descansar por fin, después de diez largos años limpiando las casas de los demás. Él también tenía sus propias aspiraciones y éstas no incluían el trabajo de camarero. Luis tenía una sola cosa muy clara: «Si tienes que hacer algo, hazlo lo mejor posible, y si no, no lo hagas». Por ello se lo había tomado con tanto interés, esperando que el asunto de la joyería se apaciguara y manteniendo a su madre contenta. Ahora sabía que había llegado el momento de ponerse en circulación y sólo tenía que esperar una buena oportunidad.

Entre los gritos de los clientes, de repente, Luis oyó un timbre intermitente y se dio cuenta de que era su móvil, que vibraba en el bolsillo de su pantalón negro. Se adentró en la cocina, en un rincón donde había un poco menos de ruido y descolgó.

—¿Quién eres?... Sí, soy yo. ¿Quién eres?... Oye, macho, yo no te conozco... ¿Qué?... ¿Que te ha pasado mi móvil quién?... Ya, ¿y qué quieres?... ¿Un curro, macho, a qué te refieres? Yo ya estoy currando, curro de camarero, ¿sabes?... ¿Cuánto?... ¿Seis mil chapas? ¿Por hacer el qué?... Sí, ya, siempre es todo muy sencillo... Que sí, pijo, t'escucho, ... —mientras atendía lo que su interlocutor le decía, Luis se quitó la goma que le sujetaba el pelo negro formando una cola y su larga melena rizada se esparció sobre los hombros y la camisa blanca sudada. Conforme avanzaba la conversación, se daba cuenta de que no trabajaría más ese día—. Sí, entiendo... Antes que se acabe el mes... Pero me hará falta ayuda, tendré que llevar un colega, así que tendrás que subir el precio un poco... Venga, macho, no me jodas, nueve mil chapas está bien... Ok, siete mil quinientos... Vale, te llamo a este móvil... Venga, hasta pronto.

Luis colgó el teléfono y se dirigió al despacho de su jefe. La puerta estaba abierta, como siempre, y Luis entró sin llamar.

—Perdone, don Eliseo.

El hombre lo miró con cara amable y lo invitó a pasar.

—Hombre, Luis, ¿qué pasa, muchacho?

—Pues, verá usted. Es que tengo un poco de *pesaombre*, que me acaban de llamar por teléfono que mi vieja ha tenido un accidente y la han llevado al hospital, al Rosell.

Me han dicho que tiene una pierna rota. Si le parece bien voy a ir al hospital para ver cómo está y si necesita algo.

—Vaya, lo siento mucho. Precisamente hoy nos viene bastante mal que te vayas, Luis, ya has visto cómo está el patio —don Eliseo hizo un breve silencio—. Pero, bueno, lo entiendo. No te preocupes, nos apañaremos sin ti y espero que no sea nada lo de tu madre.

—Gracias, don Eliseo. Me voy cagando leches.

—Hasta luego y ve con cuidado.

Luis se escapó del restaurante como una exhalación. Se quitó la camisa sudada y se la anudó a la cintura. Se subió en su NSR de 250 centímetros cúbicos y la arrancó notando con gusto cómo rugía entre sus piernas. La moto se la había comprado su padre cuando sólo tenía catorce años. A su madre no le había hecho ni pizca de gracia, pero su padre le dejó bien claro que el chico necesitaba un medio para desplazarse y su madre no rechistó. Luis la había disfrutado mucho en los últimos tres años y ni una sola vez lo habían pillado los maderos. Soltó el embrague de golpe a la vez que giraba el puño con brío, la moto se encabritó y Luis salió derrapando sobre una sola rueda.

Irene releyó por encima la convocatoria que tenía delante. Se trataba de una subvención para proyectos con personas desfavorecidas, orientados a posibilitar su integración social. María le había dicho que quería que solicitara financiación para hacer un curso de informática básica con los chavales.

Le costaba mucho concentrarse en el trabajo, su cerebro era como una mezcla de chocolate y caramelo sobre el cual sus pensamientos se arrastraban con dificultad. No era el mejor momento para preparar un proyecto, pero menos aún le apetecía lanzarse a la calle a visitar pequeños negocios y convencer a sus dueños de que dieran trabajo a alguno de los chavales. Miró el formulario que la Caja había editado para que se presentaran las propuestas. La parte que más solía costarle desarrollar era la justificación de por qué querían hacer esa actividad. Para ello tenía que argumentar. El formulario con sus cuadros blancos la miraba desafiante, esperando. Irene se lanzó a la tarea.

Una vez que concluyó la justificación, se levantó a beber un poco de agua y volvió a sentarse. Todavía le quedaban por establecer los objetivos, la metodología a aplicar, la cronología y la evaluación. Tendría suerte si terminaba esa mañana.

Su móvil sonó de nuevo. Rosaura, que ya había regresado, la miró con cara de reproche, a la vez que intentaba quedarse con todos los detalles de la conversación.

Cogió el teléfono, era su madre.

—¿Qué?

—Ay, hija, qué poca alegría te da escucharme.

—Dime, mamá, ya sabes que no me gusta que me llames al trabajo.

—Bueno, ¿has leído la nota que te he dejado encima de la mesa?

—Sí, la he leído —Irene se mordió la lengua pero le hubiera encantado contestar a su madre: «¿Y tú?, ¿has visto la pila de platos sin fregar?».

—Te llamaba porque eres tan despistada que pensaba que no te acordarías. Ya sabes que las modistas tienen el tiempo muy ajustado y ya queda poco para la boda. No podemos dejarlo para más adelante, son los últimos retoques.

—Sí, mamá, esta tarde a las ocho. De todas formas me lo podías haber dicho durante la comida.

—Bueno, te dejo, que ese trabajo tuyo te tiene secuestrada.

—Hasta luego.

La verdad era que ya no se acordaba de que tenía que llamar a Clara para quedar otro día porque esa tarde iba a Pronovias. Cogió el móvil y marcó el número.

—¿Clara?

—Dime, Irene.

—Esta tarde no podemos quedar, tengo que ir a hacerme la prueba del vestido.

—Vaya. ¿Cuándo tienes la prueba?

—A las ocho.

—Bueno, entonces podemos vernos para tomar un café. Porfa, porfa, Irene. Tengo ganas de hablar un rato.

—Venga, está bien.

—Ok, ¿te pasas sobre las cinco y media?

—De acuerdo. Un beso.

Clara era su mejor amiga. Hacía poco que había terminado la relación con el que había sido su novio (después de tres años) y ahora lo estaba pasando mal.

Levantó la vista y vio que Luis estaba de pie junto a uno de los educadores. Era un chico delgado y bajo, siempre sonriente. Llevaba el pelo largo y rizado, pero lo que llamaba la atención en él era que tenía un ojo de color verde y otro marrón. Luis era uno de los mejores muchachos que acudían a la Asociación: educado, amable, un chico listo que desde pequeño había aprendido a utilizar todo su encanto e inteligencia para conseguir lo que quería. Desde que entró en la Asociación su comportamiento había sido ejemplar y sus avances con Lino, admirables. Por las tardes, antes de volver al trabajo, Luis participaba con un grupo de chavales que aprendían manualidades. Pero el objetivo de aquellas clases no era aprender las técnicas de modelado, sino que se utilizaban como excusa para aplicar un programa de habilidades sociales: los educadores enseñaban a los chavales aquellas normas y comportamientos que sus padres y madres no les habían inculcado.

Le extrañó verlo allí porque tendría que estar trabajando en el restaurante. Luis no la miró en ningún momento y en cuanto terminó de hablar con el educador se fue. Le pareció extraño porque siempre que iba a la oficina se acercaba a hablar con ella. Se levantó de la silla y se dirigió al educador.

—Oye, Juanjo, ¿qué quería Luis? Ahora tendría que estar trabajando.

—Me ha dicho que su madre ha tenido un accidente y la han llevado al hospital. Ha pedido permiso para salir del trabajo.

—Pero, ¿ha sido grave? —se preocupó Irene.

—No, dice que se ha roto una pierna. Preguntaba por Ismael, porque le hará falta ayuda para traer a su madre.

—Vaya, menos mal que no es nada serio. Estos chicos ya tienen bastantes problemas.

—Sí, pero Luis estaba animado. Se le veía contento y cuando se iba ha dicho que no me preocupara, que creía que le iba a tocar la lotería.

—¿Cómo? —Irene se quedó parada un momento. Era una de las expresiones típicas que utilizaban los chicos cuando estaban planeando algo—. Vale, gracias, Juanjo. Voy a llamar al restaurante.

Irene se dirigió a su mesa y abrió la agenda por la erre de restaurantes. Buscó Los Techos Bajos y descolgó el teléfono.

—Buenos, días. ¿Eliseo Saura, por favor?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Hola, soy Irene, de la Asociación La Senda.

—Ah, hola, Irene. ¿Qué pasa?

—Verá, le llamo por Luis. ¿Ha tenido hoy algún problema con él?

—¿Problema? No. El chico me ha dicho que su madre ha tenido un accidente y le he dado permiso para ir al hospital.

—Ah, de acuerdo. Me alegro de que sea así.

—¿Por qué? ¿Pasa algo? —preguntó Eliseo con voz preocupada.

—No, no —por el contrario, Irene se había quedado más tranquila—. Sólo una comprobación rutinaria, hemos visto al chico fuera del trabajo y no sabíamos si había algún problema.

—Bah, no tenéis por qué preocuparos —Eliseo parecía muy seguro de lo que decía—. Luis es un chico magnífico, estoy muy contento con él, de verdad —Irene sonrió al oír estas palabras—. Y si su madre ha tenido un accidente, entiendo que quiera ir a verla. Le honra el cuidar de sus mayores, así debería ser siempre.

—Muy bien, pues está todo claro. Muchas gracias, Eliseo.

—De nada. Adiós. Ah, y cuando quieras, pásate por el restaurante, tenemos un pescado excelente y te haremos un precio especial.

El hablar con Eliseo la había tranquilizado en un principio, pero de nuevo las palabras de Juanjo volvieron a su cabeza. «Ha dicho que creía que le iba a tocar la lotería». Aquello era muy extraño. Quizás no fuera nada. Realmente parecía que no era nada. Pero Irene no se lo quitó de la cabeza en lo que quedaba de mañana.

La calle del Carmen es una de las más conocidas del centro de Cartagena, caracterizada por los magníficos miradores de sus edificios modernistas. Allí, en un primer piso vivía Ginés con sus dos tías-abuelas. Ginés tenía treinta y un años y trabajaba impartiendo clases de informática en la Academia Atrio y como profesor tutor de la asignatura Historia del Arte Antiguo, en la UNED, aunque ahora estaba de vacaciones. Era licenciado en Historia del Arte, pero la informática constituía también una de sus pasiones y había aprendido por su cuenta. En ninguno de los dos trabajos tenía un buen sueldo, mas le bastaba para salir de fiesta y darse algún capricho de vez en cuando.

Hacía ya dos años que se había comprado un coche. Se encaprichó de un Mégane Coupé de color verde y tuvo que ingeniárselas para conseguirlo. Sabía que con su sueldo y sin ahorros no se lo podía permitir, así que tuvo que recurrir a un cuidado plan. Consistía en convencer a sus tías, poco a poco, de lo mucho que les hacía falta el coche ahora que empezaban a ser mayores. Ginés sabía que su tía Rosell no tenía ningún problema en pedir un taxi para que las llevara a donde hiciera falta y por lo tanto con ella no funcionaría, pero su tía Carmen era muy distinta: evitaba salir a la calle siempre que podía y cuando se veía obligada a hacerlo, nunca iba sola; odiaba los sitios públicos, sobre todo abarrotados de gente; no soportaba que la tocara nadie excepto su hermana Rosell, y los olores fuertes le provocaban náuseas y malestar hasta el punto de llegar a desmayarse. Por ello, cuando salía de su casa siempre llevaba una mascarilla. Ginés sabía que el tacto de los taxis, así como cualquier asiento público, le repelía enormemente y era ésta su principal baza. Sabía que si tenía a su tía Carmen en el bote, Rosell no se negaría y, efectivamente, el plan funcionó. Desde que compró el coche tan sólo cuatro veces había subido a su tía Carmen, todas ellas para ir al médico. Sin embargo, habían sido ya más de diez las que Ginés había usado el asiento de atrás el sábado por la noche con el ligue de turno. Por supuesto, esto debía permanecer en secreto, pues su tía Carmen tenía que seguir pensando que el asiento trasero estaba reservado exclusivamente para ella.

A Ginés le encantaba vivir en la casa de sus tías, que sería suya en un futuro, pues era su único heredero. Se trataba de un piso antiguo y bien conservado de casi doscientos metros cuadrados. Tenía cinco habitaciones, cada una con su propio vestidor, una cocina amplia aunque algo anticuada, dos cuartos de baño completos, un salón comedor, en cuyo centro colgaba una lámpara de araña de principios del XIX, una salita de estar, que era donde sus tías pasaban la mayor parte del tiempo, y un salón de baile, que no habían utilizado nunca como tal y que él había convertido en gimnasio y habitación de estudio. Uno de los dormitorios lo habían transformado en capilla, para que así su tía Carmen pudiera cumplir con sus obligaciones cristianas sin necesidad de

salir de casa. Los techos eran altos, y el del comedor y el del salón de baile estaban adornados con frescos de motivos celestiales y marinos respectivamente. Para Ginés, uno de los detalles más fascinantes de la casa era el enorme árbol genealógico de su abuelo, enmarcado y lucido en el recibidor, dejando claro a las visitas que un árbol como aquél sólo podía pertenecer a una familia de rancio abolengo.

Era casi la una de la mañana cuando Rosell entró en la habitación de Ginés y subió la persiana del mirador. Junto con el salón comedor era la única habitación de la casa que daba al exterior. La estancia se inundó con la luz de un sol rabioso en todo su esplendor.

—Vamos, perezoso. Levántate ya, que luego no tendrás ganas de comer.

Ginés se dio la vuelta y se tapó la cara con la sábana. La habitación tenía una pared completa (a la izquierda de la puerta de entrada) y el trozo que quedaba en la del fondo, junto al mirador, repletas de estanterías con libros. A Ginés le encantaba leer, pero no sólo eso, disfrutaba con el tacto de los libros. Por ello, siempre que estaba en casa tenía uno en la mano. Para él era como el cigarro de los fumadores, si no lo llevaba le parecía que le faltaba algo. El cabecero de la cama de palillos quedaba ligado a la pared de la derecha, repleta de estanterías que albergaban su colección de artículos militares. Junto a la puerta de entrada se encontraba el vestidor, en el que, además de su ropa, guardaba dos uniformes auténticos de oficial de la Segunda Guerra Mundial, uno americano y otro nazi.

—Está bien, vieja, ya me levanto. ¿Qué hora es?

Su tía permaneció de pie oteando por el mirador la abarrotada calle del Carmen. Se oía el pitido del guardia de tráfico que se situaba en las Puertas de Murcia, mientras los coches pasaban lentamente en un desfile interminable. La gente casi corría por las aceras para hacer compras o volver al trabajo.

—¿Qué hora es? —volvió a preguntar Ginés con voz aturdida.

Su tía miró el reloj de plata que llevaba en la muñeca.

—La una menos dos minutos. ¿Dónde estuviste ayer?

—No sé, por ahí.

—¿Dónde es por ahí? ¿Quedaste con alguna chica?

Ginés se destapó la cara poco a poco y miró a su tía con los ojos entornados. La luz que entraba por el mirador era muy fuerte y lo hacía parecer extremadamente pálido, casi enfermo.

—Si lo que quieres saber es si tengo novia, pregúntamelo directamente, pero ya sabes la respuesta: no tengo novia, ni novio. Estuve con Esteban viendo una ametralladora nueva que ha conseguido. Es una pasada.

Su tía se acercó y se sentó a los pies de la cama. Le acarició la pierna a través de la sábana y él se incorporó un poco, sonriendo. Ya conocía esa actitud de su tía y se sabía perfectamente el discurso que estaba a punto de proferir.

—¿No crees que ya va siendo hora de que encauces tu vida de alguna forma? Deberías buscarte un trabajo digno que te dé para vivir y una mujer que te cuide.

—Vamos, tía, no empecemos. Ya tengo trabajo, pero ahora estoy de vacaciones y me gusta aprovecharlas para descansar.

—Tienes un trabajo que te da para algunos caprichos, pero no para vivir, y nosotras... no estaremos aquí para siempre.

—Vamos, no digas eso.

—Es la verdad, Ginés. Ya es hora de que afrontes la vida.

—Está bien, tienes razón, tía. Te prometo que haré lo posible para encontrar un trabajo en condiciones. Pero, con respecto a lo de la mujer que me cuide, eso sí que lo veo difícil. Tú no sabes lo mal que están las cosas hoy en día para encontrar una mujer dispuesta a lavar, planchar, hacerme la comida, cuidar a mis hijos y hacer todo lo que yo le mande sin rechistar.

—Quizás no deberías ser tan déspota y buscar una que sencillamente te quiera.

Ginés sonrió y abrazó a su tía.

—Ya lo sé, tonta, era una broma. Pero hasta eso es difícil. Hasta encontrar a una que me quiera.

Rosell le devolvió el abrazo con cariño mientras hacía su gesto de *nunca cambiarás*.

Ginés se levantó de la cama en calzoncillos y se perdió en el vestidor, de donde sacó unos pantalones vaqueros y una camiseta. Su tía se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué hay para comer? —le preguntó él.

—Creo que Soledad iba a preparar ensalada de patatas cocidas —Soledad era la asistente que limpiaba la casa y les hacía la comida.

Ginés terminó de vestirse, se puso unas zapatillas y cogió un libro que tenía encima de la mesilla. Le echó el brazo por encima del hombro a su tía, saliendo juntos de la habitación.

—Anda, prepárame un vaso de leche que me voy a lavar la cara. Y no te preocupes más por lo del trabajo, tía. Ya verás como pronto encuentro algo.

Mientras se aseaba en el cuarto de baño, Ginés pensaba en lo que su tía acababa de decirle. Sabía que tenía razón. Empezaba a ser demasiado mayor para andarse con tonterías y, desde luego, ya era hora de buscar un trabajo en condiciones. Había pasado por una época en la que había querido ser escritor e incluso había redactado algunos cuentos, pero no eran muy buenos. Ahora, lo que realmente le hubiera gustado era ser profesor de Universidad, pero sabía que a su edad lo empezaba a tener bastante difícil para prepararse una oposición. Por su mente, también había pasado crear su propia academia.

Salió del baño con el libro en la mano y se dirigió por el largo pasillo a la salita de estar. Era una estancia estrecha. Había un sofá de tres plazas junto a la entrada y

otro de dos, formando un ángulo recto, sobre el que se encontraba sentada su tía Rosell, absorta en un programa de marujeo de Tele5. La televisión, una de las primeras Philips en color, estaba situada sobre una mesa con ruedas de la misma época, junto a la estufa. En el centro había una mesa camilla con cuatro sillas y entre el sofá y la tele estaba la mecedora donde su tía Carmen pasaba la mayor parte de su vida. Junto a ésta tenía encendida una lámpara de pie, de forja, que utilizaba para hacer ganchillo. A pesar de que siempre se estaba quejando de sus males, su tía Carmen seguía teniendo una vista magnífica.

—Buenos días, Carmen. ¿Cómo está usted esta mañana? —Ginés siempre le hablaba de usted y la llamaba por su nombre, ya que su tía Carmen jamás le había demostrado afecto ni le había permitido tocarla.

—Pues regular, hijo. Me duelen mucho las piernas.

—Vaya, eso debe de ser por el calor —repuso Ginés instintivamente, pues a su tía siempre le dolía algo. Se remojó el gaznate con un trago de leche del vaso que su tía Rosell le había dejado sobre la mesa y se recostó en el otro sofá leyendo el libro que llevaba en las manos. Era un ejemplar ilustrado de *Las mil y una noches*, editado por Sopena en 1958. Lo había comprado por internet y aunque ya se lo había leído, se trataba de uno de sus libros de cuentos favoritos.

De pronto Ginés se fue diluyendo hasta desaparecer de la casa de sus tías, situándose en la antigua Persia, en un mundo lleno de magia y peligros mientras Schezarda comenzaba a relatar la historia de *El mercader y el genio*.

Cuando Irene salió del trabajo sus tripas rugían como una fiera salvaje. Había sido una mañana muy ajetreada y no había tenido tiempo ni para tomarse un café. Desde el portal de su casa ya se olía el guiso que había preparado su madre para comer. El estofado era su comida preferida. En ese momento se arrepintió de haber estado tan seca con ella por la mañana. Accedió a su casa con el ánimo de enterrar el hacha de guerra, pero nada más llegar, su madre le dirigió una mirada tan helada que el mal humor le arremetió con fuerza. «Vaya», pensó.

Se sentó a la mesa. Su hermana había empezado a picotear el guiso sin esperar a nadie. Su padre se estaba lavando las manos, mientras su madre servía el resto de platos.

—¿Qué tal el día? —preguntó su padre al entrar en el comedor.

—Regular, han despedido a un chico que empezó a trabajar el lunes pasado en una gasolinera —en cuanto hubo dado la explicación se arrepintió.

—Vaya, qué raro —comenzó el ataque su madre mientras se sentaba—. Sería de extrañar que esos chicos sin educación y de mala raza pudieran mantener un trabajo. Menudo desperdicio invertir tiempo y dinero en esa gente. La cabra siempre tira al monte.

Su padre miró a su madre e hizo su gesto de *ya empezamos*, pero Irene no quiso entrar al quite porque conocía a su madre. Estaba enfadada por lo que había ocurrido durante la mañana y no podía evitar comportarse así. Además, a su madre no le gustaba el trabajo que ella desempeñaba y no paraba de insistirle en que buscara otro empleo *mejor*.

—Bueno, ¿y tú qué, papá? ¿Qué tal en el trabajo? —Irene intentó desviar el tema de conversación.

—Bien, hija, ahora la empresa está casi vacía porque todo el mundo está de vacaciones. Pero ya se lo decía a tu madre, veremos lo que pasa después de verano. Con esto de las negociaciones del convenio, van a convocar huelgas...

—Tonterías, Bazán siempre será Bazán. Ha sido una buena empresa y lo seguirá siendo. Además, ya te queda poco para jubilarte.

Su madre no soportaba que su padre se quejara del trabajo, era algo que ella creía tener seguro y no quería que la preocupara con eso.

La comida discurrió de la manera acostumbrada: su madre hablaba mucho, su padre la escuchaba atentamente como si la subida de los tomates fuera lo más importante que hubiera sucedido durante el año. Irene pensaba en sus cosas y Elisa en las suyas.

Cuando terminaron de comer su hermana llevó su plato a la cocina y, sin decir nada, se metió en su cuarto para dormir la siesta. Irene y su madre recogieron la mesa y encendieron el lavavajillas mientras su padre dormitaba en el sofá. Irene aprovechó el momento de intimidad para hablar con su madre.

—Mamá, siento haberte contestado así esta mañana, pero es que me incomoda que me llames al trabajo.

—Bueno, hija, si llego a saber que te acordabas de lo de esta tarde, no te llamo. Pero no te preocupes que no volverá a pasar.

Irene la abrazó por detrás.

—Quita, hija, que tengo que terminar de recoger las cosas. Acuéstate un rato si quieres.

Irene suspiró y se retiró a su habitación a descansar un poco.

A las cinco y diez salía de nuevo de su casa. El piso de Clara estaba en el centro de Cartagena, en la plaza de la Merced (o plaza del Lago, como la conocía todo el mundo). La zona había tenido su periodo burgués unos veinte o treinta años atrás. Sin embargo, la gente había ido abandonándola para irse a vivir a las crecientes zonas residenciales de la periferia, convirtiéndose en los noventa en uno de los peores barrios de la ciudad, debido a la congregación de drogadictos y ladrones. Ya en el nuevo milenio, el barrio había empezado a mejorar, pues el Ayuntamiento estaba apostando fuerte por la revitalización del casco histórico. Casi habían desaparecido los delincuentes que tan mala fama dieron a la zona, sin embargo, los pisos (la mayor parte viejos y casi en ruinas) se habían alquilado a inmigrantes, sobre todo del norte de África, haciéndose varias familias en una misma vivienda. Hacía mucho que se había dejado de hacer reformas y de pintar las fachadas, al tiempo que los alquileres subían. Cada vez se congregaban más familias en un mismo piso para hacer frente al precio, y cuantas más familias en las casas, más se cobraba por el alquiler. La mayor parte de los nuevos habitantes sólo volvía a su morada para dormir, si podían, porque a través de los balcones abiertos entraban los llores de los niños mezclados con los sonidos de la calle. Entre esta gente vivía Clara, en uno de los pocos edificios decentes que quedaban en la zona.

A la madre de Irene no le gustaba nada que fuera sola a ver a su amiga y aunque ella intentaba hacerse la dura, la verdad era que el barrio de Clara le daba un poco de miedo. Cuando iba a verla, nunca lo hacía en moto porque pensaba que se la podían robar.

Llegó a la plaza Juan XXIII. Allí estaban los puestos de flores entre los que tanto le gustaba pasear. No había más que dos o tres. La mayoría de las macetas se alineaban en el suelo, marcando un camino. Otras se colocaban sobre tablas y cajas, que hacían las veces de mostrador. En ocasiones, a mediodía, los vendedores dejaban la mercancía expuesta y se iban a dormir a la furgoneta en la que cada jornada cargaban las macetas y los cubos de flores. A Irene siempre le habían gustado las plantas, quizás porque a su madre no. Soñaba con un hogar lleno de ellas y le apenaba

que en su piso sólo pudiera tenerlas en el comedor, porque el resto de la casa era bastante oscuro. Siguió adelante y entró en la calle San Fernando, peatonal y muy estrecha, llena de tiendas a ambos lados. Hasta ese lugar, Cartagena ofrecía una cara más moderna y cuidada, pero en ese punto se iniciaba el cambio. Las tiendas eran pequeñas y llevaban allí años y años. Se podían encontrar zapatos, ropa, verduras, retales, joyas, suvenirs, bisutería, bolsos de todo tipo, a precios económicos. A la hora que pasó Irene, la calle estaba repleta de gente. Había chicas de quince o dieciséis años con prendas ajustadas paseando en grupo, inmigrantes con las manos en los bolsillos, vendedores ambulantes de toda clase de loterías, mujeres de mediana edad comprando ropa para sus hijos. Todos ellos caminando y curioseando entre fachadas descuidadas, vestidas de balcones adornados con plantas de plástico.

—Hola, guapa –le dijo un hombre con acento extranjero.

Irene no contestó y continuó su camino. El calor era aún muy intenso y notó cómo una gota se escurría por su cara. Quizás estuviera caminando demasiado rápido. De fondo se oía la cantinela del vendedor de los iguales, «¡Tengo el gordo para hoy!».

Llegó a la Serreta y entró en la calle de las Beatas, que desembocaba en la plaza del Lago, donde vivía Clara. Casi todo el mundo paseaba, buscando las escasas sombras, porque la temperatura en las casas era asfixiante. Había hombres y niños fundamentalmente, y la mayoría norteafricanos. Hablaban mucho, de manera muy expresiva, abrazándose y besándose cuando un nuevo miembro se acercaba al corrillo. Irene mantenía la vista fija al frente. Este tramo era el que más miedo le daba. Se cruzó con una mujer de aspecto desaliñado que había visto muchas veces por allí. Tenía el pelo gris, aunque no era muy mayor, suelto y desgreñado. Lucía un vestido sobre el que llevaba una chaqueta de chándal. Siempre el mismo vestido con chaquetas diferentes.

Por fin llegó a la plaza y llamó al timbre. Clara no tardó en abrirle.

En cuanto subió al segundo piso, saludó a su amiga rápidamente y le dijo que iba al baño. Siempre le entraban ganas de orinar cuando pasaba nervios. Clara cerró la puerta con llave y se dirigió a la cocina para coger el café y unas galletas. Irene salió del aseo y ayudó a su amiga a sacar el azúcar, las tazas y el hielo para el café. En aquel piso el calor era sofocante. El comedor tenía unas amplias cristaleras que daban a la calle. Durante el invierno la temperatura era agradable, pero en cuanto el verano hacía su aparición, aquel lugar se convertía en una sauna. Abrieron las ventanas para que entrara algo de brisa y se sentaron en los sofás.

—Pero, cuéntame, ¿qué tal el vestido? ¿Está ya listo?

—Ya queda poco. Hoy me hacen los últimos retoques.

—Me encanta toda la parafernalia de las bodas, me das una envidia... ¿Quieres azúcar?

—Sí, échame una cucharada. No sabes lo que dices, Clara. Es un agobio. Tienes que preparar un montón de cosas para un solo día.

—Ya. Pero ese día eres como una reina.

Irene observó a su amiga. Se la imaginaba a ella vestida de novia, con su piel pálida y perfecta. El vestido blanco haría que su cabello destacara como una llama. Siempre había envidiado el pelo cobrizo de Clara, sedoso y rizado como el de una actriz.

—Espero que estés preparada para la despedida. Nos lo vamos a pasar de muerte.

—Claro, lo estoy deseando —Irene parecía ilusionada con la idea—. Hace tanto tiempo que no salgo de fiesta, que no sé si me acordaré de cómo se coge un cubata.

Clara sonrió.

—¿Cómo está tu hermana? Hace un montón que no la veo.

—Bien, supongo. La verdad es que no hablo demasiado con ella. No para mucho por casa.

—Pues deberías estar más tiempo con ella. Yo soy hija única y es lo peor que le puede pasar a una persona. Tú, que tienes la suerte de tener una hermana, deberías disfrutar de ella.

—Pues sí, pero ella también debería pensar así. Pasa olímpicamente de todo. Si tiene que fregar, le importa un pepino. No cena con nosotros y apenas se relaciona con nadie en casa. Ella es feliz entrando y saliendo, yendo con sus amigos, que cualquiera sabe quiénes son. Cada uno elige cómo quiere vivir. Y ella lo ha hecho.

Irene había hablado apresuradamente y cuando terminó, se creó un silencio que acabó por romper Clara.

—Hablas como tu madre —aquellas palabras hirieron profundamente a Irene—. A lo mejor le pasa algo.

—Es posible. La verdad es que hemos estado demasiado volcados en la dichosa boda. Pero, sinceramente, la veo muy demacrada y el tiempo que está en casa se lo pasa dentro de su habitación.

—Ya. Pues deberías hablar con ella, os hará bien a las dos. Oye, por cierto, ¿cómo está el novio?

Irene nunca le había dicho nada a su amiga, pero a Miguel no le gustaba nada Clara. La encontraba demasiado directa y sus ideas chocaban frontalmente. Las pocas veces que habían salido juntos, Miguel había acabado enfadado.

—Bien, está como siempre, ya sabes. Te manda recuerdos.

—Ah, estupendo. Dale un besazo en los morros de mi parte.

Se echaron a reír las dos.

—Pero, ¿con lengua o sin lengua?

—Un buen lametazo, claro.

El café estaba flojo, pero a Irene no le importó. Últimamente no tenía demasiado tiempo para quedar con su amiga y le había hecho mucha ilusión poder verse esa tarde.

—¿Cómo te va el trabajo? —le preguntó Irene.

—Bien, supongo. Los críos de hoy en día son lo peor. Bueno, qué te voy a contar yo a ti. Me llevo bien con ellos, pero no hay manera de que el inglés penetre en sus cabezas duras como piedras. En vez de que hablen inglés, los cabrones están consiguiendo que acabe yo hablando *espanglis*.

Clara se quedó callada con el vaso entre las manos. Irene esperó porque su amiga era una parlanchina en cuanto a cosas triviales se refería pero cuando había que hablar de sus sentimientos era otra cosa.

—El otro día vi a Carlos —rompió el silencio Clara.

—Ah. ¿Y qué tal?

—Estaba con otra.

Irene no sabía qué decir. Pero Clara continuó hablando.

—El muy idiota estaba con otra tía diferente. Yo ya sabía que eso podía pasar, total, lo dejamos porque me puso los cuernos, el muy cabrón. Pero verlo con otra me dolió mucho.

—Eso es normal, yo sólo he estado con Miguel pero si lo dejáramos y lo viera con otra, imagino que me fastidiaría mucho.

—No, no es por eso. Es que todavía me gusta. Si ahora mismo me dijera que quiere volver conmigo, yo le diría que sí.

—Pero no puedes hacer eso, te ha hecho daño. Y te lo seguirá haciendo. Tú misma dices que está liado con otra. Ese tío lo único que quiere es divertirse.

Clara todavía sostenía la taza de café entre las manos. Miró a su amiga muy intensamente.

—Tú no lo entiendes, Irene, porque no has vivido nada. Siempre has estado en casa con tu familia. Y tu novio es el de toda la vida. La emoción más fuerte que has sentido fue cuando Miguel se declaró con su parafernalia romántica. Y las emociones más fuertes que vas a vivir, de ahora en adelante, son las que tengan que ver con que tus plantas florezcan cada primavera o con que tus hijos saquen notables en el colegio. Esa es tu vida. Pero a mí, Carlos me daba riesgo, me daba empuje, con él he hecho cosas que ni te he contado porque te escandalizarías. A lo mejor, es mucho peor mi situación porque me he colgado de un tío del que no me puedo fiar y que seguramente es el único que puede llenar mi vida.

Irene se quedó callada, con los ojos muy abiertos.

—No me puedo creer lo que me has dicho.

Clara comenzó a llorar desconsoladamente.

—Lo siento, Irene, siento haberte dicho todo eso. Pero lo peor de todo es que lo pienso.

El comedor quedó en silencio. De fondo, desde la calle, se oían los lloros de un niño y la regañina de su madre.

—No sé qué decir, Clara. No te entiendo, no entiendo por qué te has quedado colgada de una persona que sólo se preocupa de sí misma, va contra toda lógica. Y no sabía que mi vida te pareciera tan mezquina, llevo una vida normal. Hago lo que la gente normal hace. No necesito hacer sexo en el baño de un avión para que mi vida tenga sentido.

Clara desvió la mirada.

—No era mi intención ser dura contigo. Lo siento.

—Pues, lo has sido.

Las dos quedaron en silencio durante un rato.

Irene se acercó a Clara y la abrazó. Permanecieron así un rato, sintiendo el calor del cuerpo de la otra. Clara se apartó el pelo rojizo de la cara.

—Lo siento, Irene, de verdad, siento haber sido tan dura. Yo no tengo derecho a tratarte así.

—No te preocupes. Entiendo que esas cosas las has dicho porque no te encuentras bien —en el fondo tenía la sensación de que Clara sabía bien lo que decía.

—Somos un par de tontas, ¿verdad?

Permanecieron un rato abrazadas mientras el café se aguaba con el hielo. Ya no hablaron más, no hacía falta, habían firmado una tregua. Pusieron la tele y se tomaron el café con un programa de marujeo.

Cuando Irene salió a la calle todo le parecía más amenazante que cuando llegó.

Apretó el paso en dirección a su casa, mientras la conversación con su amiga ocupaba toda su mente. ¿Cómo era posible que Clara se hubiera quedado tan colgada de una persona que la hacía sufrir tanto?

Cualquiera que hubiera visto a Aurelio *el Napias* caminar por la calle, empujando su carrito cargado de objetos sucios y viejos, habría pensado que era un mendigo, pero se habría equivocado. Aurelio no era mendigo pues jamás había pedido nada a nadie. Él no cotizaba en la seguridad social, ni tenía seguros de ningún tipo, ni una casa, ni un coche en propiedad, pero sí trabajaba. Aurelio *el Napias* era buscador.

Para la mayor parte de la gente un contenedor de basura es el sitio donde se tiran las cosas inútiles, que ya no sirven y que no tienen valor. Para Aurelio el contenedor de basura era su medio de vida. Le resultaba increíble la cantidad de cosas que podía encontrar, cosas que tiraban unos, cosas que otros podían comprar. Y Aurelio sabía buscar. Conocía los contenedores donde valía la pena restregarse con la basura; conocía la forma de las bolsas que sólo contenían desechos y las que podían albergar algo interesante. Aurelio hacía la mejor labor de reciclaje en toda la ciudad y si la vida fuera justa, quizás el Ayuntamiento debería haberle pagado un sueldo y hacerlo funcionario.

Por supuesto, no era el único buscador de Cartagena, pues el negocio había empezado a tener bastante competencia desde hacía unos años y eso era debido al intruismo. Él había sido de los pioneros, pero los mendigos, rateros y drogadictos se habían dado cuenta de que era una forma relativamente sencilla de sacar dinero. Aunque todo es relativo, porque no era un trabajo fácil.

Ese verano estaba resultando de los peores que podía recordar. El calor era insoportable y se negaba rotundamente a salir a trabajar por las mañanas. Hacía ya casi seis meses que habían demolido el edificio en el que había estado viviendo durante dos años. Residencial Puertanueva, o algo parecido, habían puesto en un cartel en el solar que había quedado.

Últimamente, el casco viejo de Cartagena se estaba plagando de solares (casi parecía que hubiera vuelto la Guerra Civil) y eso era malo para Aurelio y los que vivían como él. Por lo visto, se les había metido en la cabeza a los mojigatos del Ayuntamiento acabar con todos los edificios viejos y construir nuevas urbanizaciones en el que a partir de ahora iba a ser el Barrio Universitario. Sí, Aurelio había visto los carteles y sabía los planes que tenían.

Cuando acabaron con su vieja casa, tuvo que buscarse otra y por suerte no fue necesario ir muy lejos. Al otro lado de la plaza del Lago, en la calle del Ciprés, había encontrado otro edificio viejo y abandonado, casi en ruinas, con una ventana abierta en la planta baja. Al principio le había dado un poco de repelús, pues estaba todo lleno de una sustancia negra, como si fuera aceite o algo así, pero cuando descubrió que la sustancia estaba seca y no era peligrosa, no se lo pensó más y llevó allí todos sus pertrechos. Con una camisa vieja (por supuesto, procedente de algún contenedor)

colgada en la ventana a modo de cortina, había quedado bien acondicionada y su intimidad suficientemente satisfecha.

Aurelio se levantó a las seis de la tarde. Su novia, Trinidad, siguió durmiendo a pata suelta. El colchón era viejo y sucio y los muelles se le clavaban en la espalda, pero a él no le importaba. Se sentía como un rey en su nuevo hogar y le encantaba dormir. Le dolía la cabeza, como de costumbre, así que salió y fue a la tienda de regalos y golosinas Ana María, que estaba cerca de su casa. Allí se compró una cerveza y nada más salir se la bebió en dos tragos. Notó cómo el dolor de cabeza empezaba a remitir y se sintió con fuerzas de nuevo para empezar su jornada laboral. En el carrito del supermercado llevaba la botella de vino, pero al levantarse siempre le apetecía algo fresco.

Miró el contenedor que había delante de la tienda y se dirigió hacia él para levantar la tapa. En el interior había ya bastantes bolsas, pero observó una abultada que parecía contener revistas. La sacó fuera para abrirla con más tranquilidad y se fijó también en una caja que había en el fondo. Cuando la abrió, un olor nauseabundo inundó sus fosas nasales. Estaba llena de patatas podridas, así que cerró rápidamente el contenedor y se dispuso a abrir la bolsa que había extraído. De su interior salieron dos libros viejos (*Los hermanos Karamazov* y *La perla*), además de un montón de revistas de cine. Pensó que igual tendrían algún valor y los echó a su carrito. Se acercó a su casa y cogió un gramófono que había encontrado la noche anterior cerca del Ayuntamiento. Lo puso en su carrito junto a unas bengalas que robó del desguace de barcos militares y echó a andar.

Caminó por la calle Caballero hasta la plaza San Francisco. Allí estaba la tienda de compra-venta El Bazar del Maquinista. Hasta ahora aquella tienda había sido su principal fuente de ingresos. Vio al dueño hablando con otro hombre alto y de pelo grisáceo. Aurelio se quedó mirando al segundo y frunció el ceño. Dudó unos instantes y estuvo a punto de darse la vuelta, pero el dueño de la tienda lo vio y lo saludó sonriente.

—Hombre, Aurelio. A ver qué nos traes hoy.

Sacó los libros y las revistas de cine y se los enseñó. El hombre los miró con desdén y dijo rápidamente:

—Pero, hombre, esto es basura. ¿No ves que esto no lo compra nadie? Te puedo dar si quieres un euro por todo, no vale más.

—¿Pero qué dices, zambullo, te crees que soy gilipollas? Los libros están de puta madre y las revistas seguro que las quiere algún pringado de esos a los que les gusta el cine.

—Que no, Aurelio, que no. Las revistas te las puedes llevar y los libros, pues eso, si quieres te doy dos euros por los dos. A ver, ¿qué más traes?

Sacó las bengalas y se las enseñó obedientemente. Había unas de color negro y otras blancas, por lo menos veinte, y todas llevaban escritas las instrucciones en ruso.

—Hombre, ¿esto qué es?

—Creo que son bengalas —repuso Aurelio con la esperanza de conseguir algo más por ellas.

—¿Bengalas? Y encima están en ruso. Esto no tiene salida, Aurelio, no lo quiere nadie.

—¿Cómo que no? Aquí tenéis ropa militar y cascos y espadas de mierda. Alguien querrá también las putas bengalas.

—Qué va. Es distinto, hombre. Las bengalas no las quiere nadie y además éstas seguro que ni funcionan. Bueno, te doy tres euros por todas y que conste que te estoy haciendo un favor, ¿eh?

—¿Un favor? Eres un sinvergüenza y lo sabes perfectamente. Algún día pagarás por tus pecados —Aurelio empezaba a estar un poco cansado de que siempre le pusiera pegos por todo. Ahora se disponía a sacar el gramófono, era su gran joya y esperaba embolsarse un buen pellizco por él.

—Bueno, borrón y cuenta nueva. Por esto me tienes que dar unos talegos.

El dueño de la tienda cogió el gramófono y lo puso sobre una mesa. Le quitó la tapa y lo examinó con cuidado. Al poco dijo:

—Vaya, qué lástima. Esto tampoco vale para nada, hombre. ¿No has visto que no tiene aguja? Joder, Aurelio, ¿quién va a comprar un tocadiscos sin aguja?

—¡Ya estoy hasta los huevos! —gritó Aurelio—. ¡Vete a la mierda! Dame diez chapas por todo y ya no me ves más por aquí.

El dueño de la tienda sacó los diez euros del bolsillo y se los dio.

—Venga, hombre, no te pongas así. Ya sabes cómo son los negocios. No te puedo pagar por las cosas más de lo que valen, si no perdería dinero.

—¡Sí, ya! —contestó Aurelio—. Pues ten cuidado con lo que haces con las bengalas.

—¿Por qué?

—Pues porque a lo mejor funcionan todavía —Aurelio echó a andar empujando su carrito y, mientras se alejaba, siguió mirando de reojo al hombre que acompañaba al dueño— y con esa forma que tienen, seguro que te da por metértelas por el culo.

—Vaya pieza —comentó el hombre alto, de pelo canoso.

—Sí, desde luego que es una buena pieza. Pero aquí tenemos que trabajar con gente así. Ellos son nuestros mejores proveedores.

—Ya —sonrió el hombre de pelo canoso—, si no lo decía por él.

—¿Qué quieres decir, Antonio?

—Nada, hombre, nada. Era una broma. Bueno, ¿qué pasa con mi asunto? ¿Conoces a alguien que me pueda ayudar?

—No sé, Antonio. Ya sabes que nosotros no queremos follones. Aquí es todo legal.

—Ya, hombre, ya lo sé. Yo no quiero que os metáis en ningún lío, pero si me dieras el teléfono de alguien que pudiera echarme una mano ya sabes que yo te lo agradecería.

—Bueno, quizás conozca a alguien que le interese. Pero, yo no quiero saber nada, ¿eh? Te arreglas tú directamente con él.

—Eso está hecho. Ponme el teléfono y el nombre en un papel y mira si ha entrado alguna postal nueva de Cartagena.

—Que no, Antonio, que no ha entrado nada. Ya sabes que en cuanto consiga algo, serás el primero en saberlo.

—Así me gusta —Antonio le dio un palito en la espalda con la mano derecha, en la que le faltaba el dedo anular—. Pues nada, hasta otra y no te olvides de las postales.

Mientras el hombre de pelo canoso se alejaba de la tienda, una mujer de mediana edad se acercó al dueño.

—Oiga, ¿qué precio tiene el gramófono ese de ahí?

El hombre la miró sin saber muy bien a qué se refería. Entonces cayó en que era el que el Napias acababa de traerle.

—¿Ese? Pues mire, eso es una pieza de museo, ¿sabe? Ni cedés ni nada. Si le gusta la música de calidad ese gramófono tiene que ser suyo. Estamos de acuerdo en que no tiene aguja, pero la puede conseguir usted en cualquier tienda de música por poco más de un euro.

—Es que mis padres tenían uno muy parecido cuando yo era pequeña —continuó la mujer— y, la verdad, me gustaría tenerlo.

—Bueno, pues por ser usted, se lo puedo dejar en cien euros.

La mujer lo miró un poco confundida, y mientras sacaba el monedero de su bolso, no paraba de pensar que aquél era su día de suerte.

Irene descansaba ya un rato en casa cuando su madre llegó muy sonriente.

—¿A que no sabes lo que me ha pasado?

—Pues no —respondió Irene sin mucho interés.

—He pasado por la puerta de una tienda de compra-venta que hay en la plaza San Francisco y he visto un gramófono como el que tenían mis padres cuando era pequeña.

—Qué bien.

—Sí, y lo mejor era el precio: cien euros. Debe valer por lo menos trescientos.

—Vaya, me alegro por ti, mamá. Entonces, ¿lo has comprado?

—Sí. Lo traerán luego, a la hora de la cena. He pagado la mitad y la otra mitad cuando lo traigan. Qué suerte, nena, qué suerte.

Salieron de la casa y pasearon por La Alameda y la calle del Carmen hasta Santa Florentina, en dirección a la tienda de novias. A su madre, que tan dada era a hablar, ya se le había pasado la emoción de la compra y se había sumido en un profundo silencio. Irene también estaba cansada y no se sintió con ganas de profundizar en las preocupaciones que intuía que tenía su madre.

Su suegra esperaba ya en la tienda. Tenía porte de gran señora. Su escaso metro setenta de altura y sus ochenta kilos estaban embutidos en un vestido negro con cinturón. Sudaba a mares pero en ningún momento hizo gesto de enjugarse el sudor. El pelo negro le brillaba lustroso, como si lo hubiera encerado. Les hizo un breve saludo con la cabeza a las dos y esperó en silencio a que ellas tomaran la iniciativa.

—¡Qué calor está haciendo! —comenzó su madre—. Este año es peor que ninguno que recuerde, ¿verdad, Reden? —éste era el nombre de su suegra, María de la Redención.

Las tres mujeres entraron en la tienda, un local limpio y puro como las novias que iban a casarse, pensó con sarcasmo Irene. La dependienta era una mujer de mediana edad decorada con un baño de oro tintineante y que parecía recién peinada en una peluquería de los años sesenta.

Su hermana llegó al poco. La madre de Miguel apretó los finos labios cuando la vio entrar. Elisa parecía cansada y su madre empezó a insistir para que le contara si le sucedía algo. Elisa desvió el tema y se puso a rebuscar entre los vestidos de fiesta. Su madre la observó un instante, pero enseguida se puso a parlotear con la dependienta y con la madre de Miguel.

Pasados unos minutos, Irene entró con todo su séquito en el amplio probador lleno de espejos, donde corrieron las cortinas para crear intimidad. Se encajó el vestido de

color hueso o blanco roto o beige, al que le habían hecho algunos retoques para adaptarlo a su figura. Realmente parecía una muñeca de porcelana con su carita de niña y su pelo castaño y rizado. Siempre que se veía con el uniforme de novia, notaba un cosquilleo en el estómago, una pequeña emoción. Era un vestido totalmente ceñido, con escote en forma de barco. Tanto su madre como su suegra parecían contentas, pero su madre siempre tenía que sacar algún defecto: este lado baja un poco más que el otro, aquí hace una arruga... Era incansable, y eso que su suegra era la que pagaba el vestido, como mandaba la tradición. La dependienta siempre ponía buena cara y todo parecía sencillo con ella, cosa que a Irene la ponía casi tan nerviosa como el comportamiento de su madre. Se sentía como un maniquí más del escaparate con tres mujeres revoloteando alrededor suyo mientras su hermana revoloteaba alrededor de los vestidos de fiesta.

—Bueno, ya vale —explotó Irene— arregle eso de las arrugas y ya volveremos a por el vestido la semana que viene —nada más decirlo se arrepintió de haber usado un tono tan brusco—. ¿No, mamá?

—Ay, hija. Está nerviosa, es normal —repuso su madre disculpándose ante la dependencia que seguía sonriendo y asintiendo.

Salieron de la tienda y se despidieron de la madre de Miguel, que siguió su camino hacia la calle Real con andar pesado.

Al llegar a la plaza de España, Irene también se despidió en dirección al video club. Miguel ya la estaba esperando en la puerta. Miguel era rubio, con la piel sonrosada, y ese día vestía una camiseta roja, que lo hacía parecer una especie de cangrejo en salmuera. En cuanto Irene llegó a su altura, su novio la abrazó y la besó.

—Hola, cariño. ¿Cómo ha ido la prueba del vestido?

Irene se desasió.

—Bien, ya está casi listo. Oye, ¿por qué no hacemos otra cosa en vez de ver películas?

Miguel pareció contrariado.

—Otra cosa, ¿cómo qué? ¿No habíamos quedado en ver películas y comprar pizzas?

—Sí, pero no sé. Podríamos hacer algo diferente.

—¿Algo como qué? Ya te ha llenado la cabeza de tonterías esa amiga tuya, ¿verdad?

—Déjalo.

—No, no lo dejo. Quieres algo diferente, pues dime qué.

—No, nada. Vamos dentro.

Miguel no pareció muy conforme pero entró detrás de Irene. Comenzaron a ver el expositor con todos los estrenos. Entonces Miguel cogió a Irene por la cintura y le cuchicheó al oído.

—A lo mejor podríamos alquilar sólo una película.

Irene sabía lo que significaba aquello. Y se sentía un poco culpable por haber sido tan brusca con él antes. Hizo un esfuerzo por disimular su estado de ánimo y le contestó.

—Vale.

Salieron del videoclub con *Tomb Raider* en la bolsa y pasaron a recoger las pizzas.

El piso donde vivirían a partir del trece de septiembre estaba a unos diez minutos. Como de costumbre, Miguel se empeñó en ir cargado con todo, mientras Irene le daba conversación.

Una vez en su futura morada, cogieron platos y vasos de la cocina y se dirigieron al comedor. Se acomodaron en el sofá mientras en la tele aparecía el menú de la película. Miguel apretó el *play* y se lanzaron a devorar las pizzas. Irene se comió un trozo de cada una mientras Miguel acabó con el resto. Ambos cenaron con la mirada fija en la pantalla. Él estaba encantado con la trama de la película, a ella no le atraía en absoluto. La típica historia de la niña rica que se dedica a buscar tesoros escondidos y resolver acertijos ancestrales. Pamplinas para gente fantasiosa que no conocía el mundo real. La vida transcurría entre rutina y decepciones y desde luego no existían los príncipes encantados ni los tesoros por descubrir. Tan sólo los problemas se alternaban unos con otros, soportados gracias a pequeñas alegrías que recargaban de nuevo las baterías de la esperanza.

Irene apoyó la cabeza en el pecho de Miguel, que de vez en cuando le daba besos en la frente. Sabía que su novio se sentía feliz y no pudo evitar pensar que en realidad era como un niño grande. Lo abrazó con fuerza. Cuando terminó la película, recogieron los restos de la cena y los depositaron en la cocina.

Miguel pasó al cuarto de baño, mientras ella le esperaba desnuda en la cama. Apagaron la luz y se abrazaron bajo las sábanas. Sus besos se limitaban a juntar los labios acariciándose suavemente, pues a su novio no le gustaba utilizar la lengua. Hicieron el amor durante unos minutos, sin emitir sonido alguno. Él se apartó con cuidado y se desplomó boca arriba mirando el techo.

—Miguel, ¿y si esta noche nos quedamos a dormir aquí?

—¿Qué dices? —parecía aterrorizado ante la idea—. Mi madre no sabe que venimos al piso y, si se enterara, le daría algo.

Irene no insistió. Él le dio un beso en la mejilla, se quitó el condón y entró en el aseo para ducharse. Ella se quedó a oscuras, mirando la ventana que había en la habitación y que daba a un patio interior. Entraba algo de luz entre las rendijas de la persiana. Lentamente se incorporó y comenzó a vestirse. Minutos después, Miguel conducía su coche por La Alameda.

A la una en punto de la noche del viernes, Irene entraba en su casa procurando no hacer ruido. Su madre podía estar tranquila porque siempre llegaba pronto.